

# A los veinte años de la Paz\*

*Fernando de Trazegnies Granda*

**A**nte todo, agradezco la invitación que me ha sido hecha para contarles las gestiones que se hicieron desde ambos lados para lograr la paz definitiva entre el Perú y el Ecuador. Y debo decir que me siento muy contento de compartir este acto con el embajador ecuatoriano José Ayala, quien siendo un gran patriota y un inteligente y sincero diplomático, mantuvo en todo momento un clima de amistad y de buena voluntad entre los dos países vecinos.

Reconozco que estoy en un problema: ¿Cómo decir en pocas palabras algo sobre las complejas relaciones entre nuestros dos países durante estos últimos doscientos años y particularmente sobre la paz y el reconocimiento de la hermandad que finalmente hemos logrado? Ha sido un período confuso y trágico; pero, ha tenido un final feliz que era deseado y esperado por ambos países.

Los debates jurídicos y militares respecto de las fronteras, que han ocupado estos años, han sido duros y algunas veces se han desbordado sobrepasando el nivel jurídico-diplomático para dar lugar a guerras en las que nadie ha ganado sino que los dos países han perdido. Particularmente, debería decir –con pena y con vergüenza– que quienes han sufrido a causa de los combates armados no han sido los juristas y diplomáticos que han discutido el tema sino esos jóvenes reclutas de ambos países, que tanto prometían

---

\* Discurso presentado en el Diálogo Académico 20 años del Proceso de Paz Ecuador-Perú en la Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador el 29 de octubre de 2018.

Para citar este discurso: De Trazegnies Granda, Fernando. "A los 20 años de la paz". Discurso presentado en el Diálogo Académico 20 años del Proceso de Paz Ecuador-Perú, Quito, 29 de octubre de 2018.

Autor: Fernando de Trazegnies Granda es excanciller de Perú y profesor a tiempo parcial de la Pontificia Universidad Católica del Perú <ftrazeg@pucp.pe>.

para el Perú y el Ecuador y que fueron llamados a pelear y a morir por un conflicto que quizá ellos mismos no entendían.

Esas personas ofrendaron generosamente su vida por su patria, motivo por el cual merecen el mayor reconocimiento de sus respectivos países. Y yo remarcaría que el reconocimiento y respeto debe ser recíproco porque los soldados de ambos países cayeron defendiendo honestamente lo que pensaban que era justo desde su punto de vista. Por consiguiente, todos ellos, cualquiera que sea su nacionalidad, deben tener el respeto del Perú y del Ecuador.

Felizmente, hace veinte años se llegó a la paz definitiva; lo que permitió a ambos pueblos mirarse de otra manera y comprender los lazos profundos que nos unen.

Y es entonces que, después de tantas aparentes diferencias seculares, ambos pueblos pudieron tomar consciencia de que mucho más era lo que nos unía que lo que nos separaba; aun cuando estas vinculaciones profundas pasaran desapercibidas mientras permaneció el estado de enfrentamiento.

Muchas veces he utilizado una frase de don José de la Riva Agüero, el gran historiador peruano, para destacar esa hermandad entre nuestros dos países que, durante muchos años de conflicto, permaneció encubierta.

Riva Agüero decía que todos los países iberoamericanos somos hermanos porque tenemos el mismo padre español común, aunque nuestras madres indias sean diferentes. Pero personalmente siempre he insistido también, avanzando por el camino abierto por Riva Agüero, que peruanos y ecuatorianos somos hermanos de padre y madre; en nuestro caso, no solamente es común el padre español sino también la misma madre inca.

Los puntos de contacto entre la cultura peruana y la cultura ecuatoriana son múltiples. Por ejemplo, poca gente sabe que el Señor de los Milagros, una devoción profundamente peruana y limeña, cuando sale en procesión, lleva en la otra cara del andas a la Virgen de la Nube que es la patrona de Quito. Y los miles de miles de devotos que siguen a la procesión tienen en frente y rezan a la Virgen quiteña. Es como si el Señor de los Milagros nos hubiese querido dar una lección a peruanos y ecuatorianos, haciendo ver a la población limeña la unidad que existe entre el Ecuador y el Perú y que durante tantos años fue subsumida por el espíritu de conflicto.

Aún más. La cancillería peruana tiene su sede en el palacio de Torre Tagle, por lo que Torre Tagle fue durante mucho tiempo, para los diplomá-

ticos ecuatorianos, la representación material del enemigo, algo totalmente alejado y opuesto a Ecuador y cargado de una emblemática aparentemente anti ecuatoriana.

Sin embargo, este palacio perteneció durante la Independencia a un quiteño apellidado Ortiz de Zevallos, quien se casó con la limeña marquesa de Torre Tagle, heredera del título y de la casa solariega. Y es así como el palacio de Torre Tagle perteneció, hasta entrado el siglo XX, a esa familia de origen ecuatoriano. Hasta hoy en día se conserva, en esa sede ahora tradicional del Ministerio de Relaciones Exteriores, la antigua calesa con el escudo de la familia quiteña-limeña de la antigüedad.

Y si estudiamos los orígenes de las familias de uno y otro país, encontraremos múltiples vinculaciones entre Quito, Guayaquil y Lima. Un gran número de familias limeñas son descendientes de –o emparentadas con– familias quiteñas y guayaquileñas.

Y ello es así, de un lado, por la conexión estrecha que existió durante el virreinato entre Quito y Lima. Pero también posteriormente se han producido vinculaciones entre familias peruanas y ecuatorianas. Hay incluso embajadores peruanos cuyas hijas han contraído matrimonio con personalidades importantes del Ecuador.

Personalmente reconozco también vinculaciones familiares con Ecuador. Un antepasado mío, don Pedro Vásquez de Velasco, fue Presidente de la Audiencia de Quito entre el año 1655 y el año 1661.

A don Pedro le tocaron momentos difíciles. Fue durante su mandato cuando se produjo la erupción del volcán Pichincha, al punto que las calles quedaron cubiertas con 30 cms. de ceniza, causando muchos desastres.

Pues ese presidente de la Audiencia fue después enviado al Perú, donde se casó e hizo su vida en Lima. Y resulta que mi familia materna descende directamente de este presidente de la Audiencia de Quito.

Pero también se produjo una vinculación familiar entre Ecuador y mi familia peruana en los tiempos modernos. Como ejemplo puedo citar que una hermana de mi madre casó con un guayaquileño, razón por la que existe ahora una familia ecuatoriana con ascendencia de Granda, el apellido de mi abuelo.

Pese a una tan grande homogeneidad en la matriz cultural e histórica entre el Perú y Ecuador, una vez independientes nos vimos envueltos ambos países en un conflicto de vecinos. Y, ciertamente, cuando los vecinos

son además hermanos, las cosas se ponen más antipáticas. Durante casi dos siglos hemos discutido acerca de nuestras fronteras. Sin embargo, lo importante no son las fronteras materiales sino las espirituales; particularmente en un mundo que tiende a globalizarse y donde la compenetración regional es de la mayor importancia. Más allá de los límites territoriales, lo grave era que nuestros dos países –unidos en todos sus aspectos– se habían alejado uno del otro y se habían convertido en enemigos. Esta enemistad ha sido básicamente jurídica y se expresaba a través de negociaciones y arbitrajes. Sin embargo, en algunos casos la animosidad hizo sonar las trompetas militares y se convirtió en guerra. Y es así como tuvimos varios episodios fraticidas.

Sin embargo, el elemento que se nos presenta ahora con todo su brillo no es la guerra sino la paz. A pesar de todas las dificultades vividas, hemos logrado encontrar un punto a partir del cual estamos en paz, lo que nos permite regresar a nuestra hermandad ancestral.

Hemos pasado en estos cien años por muchas pruebas. Disputas en foros jurídicos, instancias internacionales, combates bélicos y conflictos emocionales entre los ciudadanos de uno y otro país. Pero por debajo de todo ello, no siendo conocida por las partes o incluso, muchas veces, siendo conocida pero no reconocida por ellas, había una unidad subyacente que era más importante que todas nuestras agitaciones militares y de las discusiones diplomáticas: la unidad del ancestro común, de la cultura, de la afinidad política y de la comunidad de circunstancias geopolíticas. Éramos socios naturales dentro de un mundo difícil.

El gran hecho de los últimos años es, siempre en mi opinión, que hemos logrado redescubrirnos como hermanos. Hemos comenzado a hablar con transparencia, con absoluta sinceridad, tratando de entender en uno y otro caso el punto de vista del otro, tratando de colocarnos en el lugar del otro para sopesar no solamente nuestros problemas sino también los de la otra parte. Ecuatorianos y peruanos entramos en el camino de conocernos mejor, con honestidad, más allá de las doctas discusiones y de las históricas divergencias. Hemos hecho los esfuerzos necesarios para reencontrar la raíz de nuestras respectivas culturas y, con ella, la solución definitiva de nuestras discrepancias que, a pesar de las vidas que han costado y de las empeñosas argumentaciones, no podían primar sobre esa unión de fondo que existe desde el origen entre nuestros pueblos.

Los primeros pasos fueron dados por el doctor Francisco Tudela, ministro de Relaciones Exteriores del Perú, quien tenía mucho deseo de restablecer la amistad y, para decirlo más directamente, la hermandad entre nuestros dos países.

El ministro Tudela se retiró de su cargo pero las conversaciones continuaron a cargo del nuevo ministro Eduardo Ferrero. Un tiempo después, dado el fallecimiento de quien presidía la delegación peruana, el nuevo ministro, mi exalumno de la universidad, me invitó a asumir la presidencia de la comisión. Los intercambios de ideas entre peruanos y ecuatorianos fueron bastante intensos y extendidos. Pero, después de esas conversaciones entre las dos delegaciones que se prolongaron varios años, en 1998 los grupos de peruanos y de ecuatorianos que conducíamos las negociaciones logramos abandonar los viejos prejuicios y sentarnos como amigos, a buscar una solución.

Personalmente, desde que asumí la presidencia de la comisión encargada de las conversaciones con Ecuador y que conocí personalmente a la delegación ecuatoriana, estuve convencido de que una solución era posible. Creo mucho en las relaciones personales y pienso que, en estos casos, cuando se actúa solamente como “representante de un país”, se pierde el punto de vista humano y real de las cosas. Por eso intenté conocer lo mejor posible a la delegación ecuatoriana, hacerme amigo de estas personas que querían servir a su país como yo quería servir al mío, buscando puntos en contacto para conversar sin apasionamiento, no como abogados defensores sino como consultores internacionales que tienen que resolver un problema pacíficamente. Debo decir que, desde esta perspectiva un tanto heterodoxa para los cánones de la diplomacia, encontré un apoyo muy decidido en el presidente Alberto Fujimori.

En el lado ecuatoriano, personas como Jamil Mahuad, Gustavo Noboa y el severo pero valiente y probo canciller José Ayala, son quienes hicieron posible ese entendimiento en términos racionales. Manteniéndose siempre como aguerridos soldados intelectuales de la causa ecuatoriana, estaban convencidos de que, por encima de las dificultades históricas entre el Perú y el Ecuador, estaba la obligación de ser fieles a nuestro pasado común y al interés de lograr la paz en el mundo así como una América Latina unida.

El problema fundamental entre los dos países era que Ecuador postulaba asumir soberanía de la pequeña zona denominada Tiwintza, ubicada en el límite de la frontera peruana con Ecuador; pero el Perú señalaba que no

podía entregar parte de su territorio, aunque fuera muy pequeño, a un país extranjero.

Es entonces que, por acuerdo entre los dos países se llevó a cabo una reunión privada en el palacio de gobierno de Quito entre el recién nombrado presidente de Ecuador, Jamil Mahuad y quien les habla hoy. El contacto fue muy sincero; ambas partes actuamos con gran franqueza y pronto nos tuteábamos.

La conversación fue larga y simpática; y, como habíamos llegado al mediodía, el presidente Mahuad me invitó a almorzar en el palacio, con el Dr. José Ayala, el ministro de Relaciones Exteriores de Ecuador.

Le pregunté al presidente Mahuad la razón de tanto interés por Tiwintza. El presidente de Ecuador me explicó que en ese lugar hubo una fuerte batalla en la última guerra y murieron muchos soldados ecuatorianos que habían sido enterrados en ese lugar.

Y es entonces que se me hizo la luz. Inmediatamente pensé que si el problema era el respeto por los muertos ecuatorianos en ese lugar, pues lo más lógico –como se hizo en Europa con motivo de las guerras mundiales– era crear un cementerio de guerra en Tiwintza y entregarlo a Ecuador en propiedad –no en territorio– y permitiéndole de esta manera cuidar y honrar las sepulturas ecuatorianas. En otras palabras, señalé que se haría un cementerio de guerra ecuatoriano, igual como en la guerra mundial hubieron cementerios de Alemania en Bélgica, de Francia en Alemania, de Estados Unidos en Francia y Alemania, etc.

El presidente Mahuad pensó un poco la propuesta y luego me dijo, algo emocionado: Creo que estamos en buen camino. Tenemos que profundizar esta posibilidad.

Cuando regresé a Lima con las nuevas ideas, el presidente Fujimori me manifestó que le parecía un buen camino.

Inmediatamente se tuvieron reuniones con la fuerza armada, la que aceptó el planteamiento de la propiedad, es decir, Tiwintza sería territorio peruano, pero de propiedad ecuatoriana, de la misma forma como lo es la embajada de Ecuador en Lima.

El ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Eduardo Ferrero, no estuvo de acuerdo y renunció. El presidente de la República me pidió que aceptara la cartera a fin de terminar exitosamente estas gestiones de paz.

Tuve la ayuda, entre otras personas del Ministerio de Relaciones Exteriores, a Jorge Valdez, renombrado diplomático que fue mi viceministro. Y también debo mencionar al actual ministro de Relaciones Exteriores, Nestor Popolizio, de quien tuve una ayuda muy valiosa durante el tiempo que ejercí el ministerio. Y me alegra mucho que ahora él sea ministro de Relaciones Exteriores.

Y es así como llegamos al 26 de octubre de 1998, después de discutir nuestras fronteras en todos los foros desde el comienzo de la historia republicana de nuestros respectivos como países.

Pero, más allá de los detalles técnicos de la solución, lo más importante, lo que más me ha impresionado como conductor desde el lado peruano de la negociación que llegó al acuerdo y, finalmente, como ministro de Relaciones Exteriores del Perú que suscribió los tratados correspondientes, es que el consenso entre Ecuador y Perú no ha sido simplemente una firma en un papel –con todo lo importante que esto es– sino que se ha manifestado desde el primer momento como un encuentro de corazones deseosos de recobrar una fraternidad perdida en el tiempo.

Esa mañana del 26 de octubre en Brasil, el día en que se firmaron los acuerdos frente a una muy grande y variada asistencia, fue muy emocionante para todos los que habíamos participado en la firma del acuerdo final entre los dos países. Los espectadores del Perú, Ecuador y de los países garantes llenaban la sala y mostraron su emoción al firmarse la paz definitiva entre nuestros dos países. Según me cuentan quienes estaban sentados en frente como espectadores, el primero a quien se le vio marcadamente emocionado fue al canciller de Argentina, Guido di Tella, al sentirse testigo de la solución de este diferendo que causaba tanto dolor en el espíritu de América Latina. Pero inmediatamente se sumaron el presidente del Consejo de Ministros del Perú y el presidente de la Corte Suprema. En realidad, todos los peruanos participantes estábamos embargados de la más profunda emoción.

Del lado ecuatoriano, la situación era la misma. Cuando terminó la ceremonia oficial, salimos todos a la terraza de Itamaraty, donde tendría lugar la gran recepción. El entusiasmo y el afecto recíproco se desbordaron en forma inenarrable. Las delegaciones de ambos países, ebrias de paz, buscaban a sus homólogos del otro país para darse un abrazo fraterno. Recuerdo haber sido interpelado por la delegación de una Cámara de Comercio del Ecuador que, después de haberme dado un abrazo muy efusivo, preguntaban

dónde estaban sus equivalentes peruanos para abrazarlos como hermanos y que podrían comenzar inmediatamente a hacer negocios.

Eran cientos de personas quienes constituían el público asistente, tanto peruano como ecuatoriano, así como de otros países. Todos festejaban de la manera más espontánea y calurosa esta paz definitiva que anunciaba un muy prometedor futuro tanto para el Perú como para el Ecuador.

Y es que el resultado más grandioso de esos acuerdos y que más rápidamente fue puesto en práctica, no está escrito en ninguno de los papeles y convenios internacionales: es la amistad y confianza que ha surgido de pronto entre los dos pueblos hermanos. La paz se prepara con los documentos jurídicos, con las negociaciones, con las firmas de tratados. Pero solo se concreta cuando sobrepasa el nivel del derecho y se convierte en una vivencia: la paz no está en un papel sino en el corazón. Y tan pronto como la frontera dejó de ser un problema, peruanos y ecuatorianos hemos descubierto lo que era obvio: somos países enormemente parecidos, tenemos una historia común y tenemos también un futuro común.

Y ello ha llevado como consecuencia a la imposibilidad de guerras futuras entre los dos pueblos: ya no habrán más muertos peruanos y ecuatorianos defendiendo lo que ambos consideraban suyo, ya no habrán personas inválidas desde su juventud por heridos de guerra, jóvenes con sus vidas truncadas, no veremos más soldados mutilados que quedaron malogrados para siempre por defender a su patria contra quien nunca debió ser su enemigo sino su hermano.

La paz tuvo sus consecuencias inmediatas en el aspecto económico. La ausencia de conflicto político ha disminuido el nivel de riesgo económico y facilita así el contacto comercial.

En el año 2008, con motivo de cumplirse los diez años del Acuerdo de Paz, escuché una magnífica conferencia del importante economista ecuatoriano, Joaquín Morillo P., sobre los efectos económicos derivados de la firma de los acuerdos de paz. Muy significativamente, la conferencia había sido titulada “¿Existe un dividendo de la paz?”.

En su exposición, el doctor Morillo explicó cómo, a pesar de que el Perú y el Ecuador fueron miembros fundadores de la Comunidad Andina, no habían logrado desarrollar una relación comercial fluida. Y ello en buena parte fue debido a la tensión existente entre ambos países por la controversia sobre los límites territoriales.

Pasada esa tensión y establecida la confianza mutua, se puso en ejecución el Acuerdo 5 de los suscritos en 1998 en Brasilia que proyectaba una aceleración y una profundización del libre comercio entre ambos países. De esta forma, se comenzó un proceso liberalizador del mercado, reduciendo derechos de importación así como restricciones sanitarias que dificultaban el ingreso de productos peruanos al Ecuador.

Actualmente el comercio entre el Perú y Ecuador es sumamente beneficioso para ambos países. Las importaciones entre ambos países han aumentado extraordinariamente.

Sin embargo, es preciso advertir que la paz no es solamente un concepto de Derecho Internacional, no es una mera aspiración política ni una simple consecuencia de hechos jurídicos; no es tampoco un beneficio económico. La paz es ante todo un sentimiento ligado a una razón, la paz es una actitud interior, es una convicción que nace en lo más profundo del alma. La paz tiene que estar presente no sólo en nuestros tratados sino sobre todo en nuestros corazones.

Para dar una idea de cómo se apreció esta paz en el Perú, me voy a permitir contar un hecho aparentemente trivial pero en el fondo muy significativo.

Poco después de la firma de la paz, asistí a una corrida de toros con mi esposa. Tengo mi barrera de sol desde hace más de sesenta años. Al salir ví en medio de la muchedumbre a un hombre joven, de aspecto muy modesto y con un chico sentado sobre sus hombros. Pero lo raro es que me miraba muy fijamente. Le dije a mi esposa que tuviera cuidado porque parecía que esta persona tenía algo contra nosotros. De pronto esa persona con su hijo vinieron empujando a toda la gente hasta alcanzarme. Y entonces, ante mi gran sorpresa, esta persona se colocó delante de mí y dirigiéndose al hijo sentado sobre sus hombros le dijo: Mira hijo, gracias a este señor, ni tú ni tus hermanos serán obligados a ir a matar y a morir contra nuestro país hermano, el Ecuador.

Esto no lo olvidaré nunca.

Por eso quiero terminar estas palabras con un muy afectuoso abrazo a todos y cada uno de los ecuatorianos, nuestros hermanos en la paz y en la historia profunda de ambos pueblos.